

# PRÓLOGO





*Escribir es olvidar. La literatura es la manera más agradable de ignorar la vida. La música arrulla, las artes visuales animan, las artes vivas (como la danza y la representación) entretienen. La primera, sin embargo, se aleja de la vida porque hace de ella un sueño; las segundas, en cambio, no se alejan de la vida, unas porque usan fórmulas visibles y, por tanto, vitales, y otras porque viven de la misma vida humana. No es el caso de la literatura. Ésta simula la vida.*

Fernando Pessoa, extracto de *El libro del desasosiego* (1932?), traducción de Antonio Sáez Delgado, Editorial Pre-Textos, 2014.



El relato es la disciplina literaria más difícil que existe. Encontrar en un espacio tan limitado las palabras justas para contar una historia es algo casi mágico. El cuentista es capaz de rescatar del olvido sus sueños o sus pesadillas, y para ello solo necesita un momento de lucidez, un resplandor. No quiero decir con ello que el mérito de escribir un relato recaiga en la providencia, o en la inspiración, esa inspiración etérea de la que nadie quiere hablar. No. El mérito de escribir un relato solo es del escritor que, en un acto de entrega y complicidad, elige abrir las puertas de su imaginación y dejarse llevar por las palabras.

El narrador, en su soledad creadora, camina hacia mundos que parecen bordear lo improbable, y que siempre resuenan en lo más profundo de nuestra humanidad. Como un artesano de historias, se convierte una y otra vez en *el cocinero del zar*, destilando memorias y anhelos en cada relato, guiado siempre por *el mejor día del año*, ese que intenta capturar con cada palabra. A veces, el oficio de escritor exige abrir viejas heridas: resolver *un asunto pendiente* o recordarse que *los corderos también van a la guerra*, y que, aun bajo la calma de *una casa junto al río*, siempre habrá una *disputa entre hermanos*. Porque, al final, *no importa el viento dónde sople*, sino el camino que toma quien escribe, *rumbo al mar de la Plata*, en busca de esa *tierra de sorpresas*. Es, quizá, *la magia de volver en Navidad*, cuando *el espíritu navideño* se palpa en cada rincón: en *el belén de Sara* o en esos *grandes éxitos navideños de todos los tiempos* que nos emborrachan de nostalgia. El autor hace suyas *mis cenas de Nochebuena*, recuerdos que danzan en la memoria, como un *Claus ex machina* que, al final, irrumpe en la celebración, añadiendo un toque de magia a todas las historias compartidas. Cada relato, desde *Nacer en el Mirador* hasta *Navidad bajo las olas*, es un refugio que resguarda la pura belleza, en ocasiones reconfortan-

te como unas *trufas de chocolate negro*, otras tan esquiva como *el sueño de Amika*, pero siempre, siempre imprescindible.

Cada uno de los relatos que se presentan en esta antología es un viaje, un pasaje a un mundo donde lo cotidiano se encuentra con lo extraordinario. Estos cuentos no son meras narraciones; son fragmentos de vida, momentos de epifanía que los autores han moldeado con destreza. En ellos se encuentran ecos de risas y lágrimas, de amores perdidos y esperanzas renovadas, de sombras que nos acechan y luces que nos guían.

Diecinueve autores. Diecinueve relatos. En esta antología, las palabras danzan entre lo cotidiano y lo extraordinario, entre lo oscuro y lo luminoso. Quiero preservar la magia de la sorpresa, pero os daré una pequeña pista sobre lo que encontraréis en este libro...

Javier Díez Carmona nos sumerge en una atmósfera inquietante, revelando el horror latente en lo corriente; el pasado, a menudo olvidado, resuena con fuerza, adentrándose en los temores más profundos del ser humano y reflejando las cicatrices que arrastramos en silencio. Por su parte, José Antonio Fideu nos regala una meditación sobre la resiliencia y la ilusión en medio de la adversidad; en el corazón de su narración late la convicción de que, aunque los vientos tempestuosos amenacen con arrebatarlo todo, la luz del amor siempre debe brillar.

En un tono más festivo, Santiago Morata presenta una reflexión sobre las complejidades de las dinámicas familiares en Nochebuena; la nostalgia y el desencuentro se unen, revelando la lucha interna por reconciliar el amor y las tensiones en un ambiente festivo. Paco Moreno Trinidad muestra que incluso en la oscuridad hay posibilidad de redención; su relato no solo es un homenaje al género policiaco, sino un profundo examen de la dualidad humana, en el que la ambigüedad de la moralidad se convierte en el verdadero crimen.

La frontera entre la fantasía y la angustia es, a menudo, inasumible, como nos recuerda Alexandra Campos Hanon en su relato; lo personal y lo perturbador se conectan, transformando lo onírico en un refugio que, de igual modo, se convierte en prisión claustrofóbica. José Piqueras, con una prosa melancólica, nos invita a navegar por los ecos del pasado, conciliando la pérdida con la fe y convirtiendo la Navidad en un tiempo de reencuentros que nos recuerda que, incluso en la ausencia, el amor perdura y la vida brilla.

Jaco de la Herrán desdibuja las fronteras entre géneros y realidades, convirtiendo su relato en un viaje sensorial; los personajes, retenidos en un museo de lo cotidiano, se enfrentan a sus propias vulnerabilidades y deseos, planteándose la fragilidad y el asombro por una nueva vida. Mientras tanto, Carlos de Miguel nos envuelve en un mundo de sabores exquisitos, ofreciendo una profunda reflexión sobre la ambición y el sacrificio, revelando cómo la grandeza oculta traiciones y anhelos insatisfechos que marcan el destino de muchos.

En una atmósfera de desesperación y resistencia, Eric Luna nos invita a explorar el valor y el precio de la esperanza en un futuro invadido por una tecnología que ha borrado incluso las tradiciones más sagradas. Mar Carrillo, a su vez, rinde homenaje a la memoria y a la esencia de la vida cotidiana, transformada por los lazos familiares y el paso del tiempo; un tributo a la magia que reside en la inocencia, como la luz que brilla con renovado vigor en el corazón del protagonista.

Lola Ortiz captura la fragilidad de los instantes cotidianos; el amor florece en el bullicio navideño y nos recuerda que la belleza y el asombro pueden surgir de los momentos más inesperados, creando un hilo de optimismo en la vorágine de la vida. En un giro oscuro, Graziella Moreno transgrede las convenciones

festivas al combinar el horror con la tradición, enfrentándonos a la oscuridad que se oculta tras el brillo de la Navidad, sumergiéndonos en una profunda exploración de la fragilidad de la felicidad.

David Palomo desentraña el conflicto en su expresión más íntima, revelando cómo la guerra reverbera en la vida cotidiana. Sus personajes, atrapados en sus rutinas, reflejan la marca indeleble de la violencia en sus relaciones y gestos diarios. Asimismo, Joaquín Ráñez Ramos asocia la dulzura del chocolate con la amargura del sufrimiento, explorando las complejidades de la violencia de género y el impacto de las relaciones tóxicas; transformando la tragedia de una existencia marchita en una búsqueda de liberación y renacimiento.

En una realidad teñida de misterio y nostalgia, Viktoria Sazoeva presenta una sátira futurista que cuestiona las tradiciones navideñas, mostrando que no solo se ha desvanecido el frío del invierno, sino también la autenticidad de una conexión verdadera con el pasado. Agustín García Aguado, con imágenes evocadoras y momentos cargados de simbolismo, captura la complejidad del hogar y el anhelo de pertenencia, reconociendo la fragilidad del ser humano, donde los ecos de la infancia se entrelazan con las sombras de la pérdida.

A través de un ingenio sutil, Xavier Borrell desborda los límites del relato policiaco, ofreciendo un espléndido reflejo de la complejidad de las relaciones humanas y la perenne búsqueda de la verdad en un mundo de sombras. Carmen Bretones dibuja sutilmente el desvanecimiento de una sociedad y de un sentimiento compartido; retrata la dolorosa transformación de lo cotidiano cuando el brillo de la tradición se apaga y cómo nos adaptamos al cambio que borra lo que nos define. Finalmente, en el relato de Víctor Morata, más allá de su superficie violenta,

se sugiere un conflicto interno entre la ambición y el resentimiento, en un universo en el que los roles familiares se distorsionan para mostrar lo que subyace tras lo mítico y lo festivo.

Los relatos aquí compilados son una celebración de la diversidad humana. Cada autor aporta su voz, su visión y su universo particular. Algunas historias nos transportan a lugares lejanos y exóticos, mientras que otras nos acercan a lo más profundo de nuestra intimidad. Sin embargo, todas comparten un elemento común: un deseo irrefrenable de explorar la condición humana en todas sus complejidades.

A medida que te adentres en estas páginas, te invito a dejar de lado cualquier expectativa preconcebida y permitir que cada cuento te envuelva. Permítete sentir, reflexionar y, sobre todo, conectar con las verdades universales que se ocultan entre las líneas. Es posible que un relato resuene contigo de maneras inesperadas, despierte en ti recuerdos olvidados o te invite a soñar con nuevos horizontes.

En la literatura, el sortilegio que se establece entre el escritor y el lector se manifiesta a través de las palabras. El autor, con su pluma, se convierte en un hechicero que lanza conjuros de emociones, mientras que el lector es ese conjurado que se atreve a dejarse envolver por la magia de la narrativa. Juntos crean una experiencia única; cada relato se transforma en un espejo que refleja vivencias y sentimientos, enriqueciendo la conexión entre ambos.

Así que, querido lector, prepárate para un viaje que va más allá de las palabras. Atrévete a sumergirte en las historias que aquí se presentan, porque el verdadero mérito no solo reside en el escritor, sino también en ti, en tu capacidad de escuchar, sentir y descubrir nuevas realidades a través del arte del relato.

## PRÓLOGO

Con estas reflexiones, te dejo en compañía de los autores que han dado vida a estas páginas, con la esperanza de que sus relatos te ofrezcan refugio y momentos de alegría e imaginación.

José Antonio Castro Cebrián  
Diciembre de 2024

# UNA CASA JUNTO AL RÍO



*Javier Díez Carmona*



## *Javier Díez Carmona*

*Javier Díez Carmona (Bilbao, 1969) es economista de profesión y escritor de vocación, una dualidad que ha nutrido su escritura con una mirada analítica y penetrante. Ha participado en numerosas antologías de relato corto, un espacio en el que ha cultivado un estilo preciso y reflexivo. Como autor, ha explorado tanto la literatura juvenil, con las novelas La casa de los gentiles y La gruta del diablo, como el género negro criminal, en el que ha desarrollado cinco novelas que incluyen Correr a ciegas, E-King y la Trilogía Justicia (Justicia, Solas y Venganza).*

*En cada obra, despliega un talento narrativo que equilibra tensión e introspección, abriendo paso a mundos oscuros donde el suspense y la naturaleza humana se entrelazan en una prosa ágil y bien construida.*



# UNA CASA JUNTO AL RÍO

*Javier Díez Carmona*

No se molestó en cerrar las ventanas, ni en dar un par de vueltas a la llave. Atrás dejó la vivienda, amueblada con la ilusión de todo comienzo. Atrás quedó el vacío de su esposa, lo poco que guardaba de ella abandonado en un viejo contenedor de basura.

Así renunció a su vida.

La noche fue testigo de su absurdo vagar de un lado a otro, de la búsqueda de respuestas a preguntas diluidas en la oscuridad. Caminó sin rumbo entre semáforos inútiles, entre vehículos varados sobre las aceras, la mirada siempre en el asfalto. El viento traía olores a humedad y carburantes, se filtraba por los resquicios de la ropa y golpeaba las persianas. Pero nada importaba al hombre que a nadie importaba, insignificante retal de una urbe indiferente a dramas y soledad.

Cuando el amanecer comenzó a dibujarse al otro lado de la montaña tomó una decisión. El tráfico se agolpaba en los accesos, el ruido de motores y pisadas aceleradas se adueñaba de las avenidas, y la terminal acarreaba ejércitos de hormigas traídas que asaltaban los vehículos con la prisa de sus patrones. Entre todos ellos encontró un destino cualquiera, un villorrio de minúsculas barriadas dispersas en laderas suavizadas por los años. Buscó abrigo en el vientre del autobús y, antes de arrojar el teléfono por la ventanilla, notificó a la empresa su dimisión con un sencillo SMS.

La carretera se retuerce mientras surca mares de montañas y desiertos pastizales. Sobre su lomo, el vehículo traqueteaba tranquilo, alejado de las prisas de metro y cercanías. Rebaños de ovejas de abrigos descuidados, caseríos dispersos exhalando blancas fumarolas, potrillos resguardados bajo las crines de sus madres quedaban atrás, desaparecían difuminados por el vaho de los cristales. Él oteaba el infinito con desgana, buscaba sin saber, pero seguro de encontrar. Por fin, en el regazo de un cerro gris de roca y buitres callados, encontró su destino. A la vera de un riachuelo que saltaba veloz ladera abajo, tropezó con una destartalada casona de piedra, una fachada de mirada triste y un interior diáfano, refugio de ratones pequeños y arañas desproporcionadas. También había un cartel. Y un número.

Una cabina telefónica bastó para adueñarse de aquellas ruinas inestables. Las vigas crujían al embate del viento, el correr de los roedores bajo los restos de paja incomodaba su descanso, la humedad se filtraba por los poros abiertos de la piedra. Nada de eso importaba. Había encontrado refugio.

Una pequeña empresa local, un grueso campesino y su sobrino, se ocupó de rehabilitar la techumbre, sustituir las tejas carcomidas, reforzar las traviesas. No contrató a nadie más. Absorto en su inexperiencia para el trabajo manual, dedicó la mayor parte de las horas, interminables hasta entonces, a apropiarse de los misterios de yeso y de cemento, a cultivar callos en sus palmas y arbustos en el terreno, a inundar sus poros de un sudor que el aire de otoño helaba sobre la piel. Feliz, golpeaba clavos contra la madera, removía argamasas donde sepultaba sus recuerdos, cargaba puertas y ventanas que una vieja furgoneta depositaba al pie del riachuelo, y olvidaba, o pretendía olvidar, imágenes que retornaban cada noche a su memoria.

La casa avanzaba, tomaba la forma que, al capricho de su torpeza, imaginaba. Una cocina austera, el tamaño justo para un solitario. Un baño que era un aseo. Y nada más. Arriba, donde antaño descansaron fardos de paja comprimida, instaló su cama. Ocupando el lugar del ganado, una estufa, un único sillón, y algunos libros dispersos por el suelo. Y terminada, más o menos, la vivienda, comprendió que el dinero no podía estirarse más, que su cuenta enflaquecía en una anorexia alarmante. Tenía que regresar a la calle.

Encontró empleo en el matadero. Era un edificio pequeño acurrucado en una hondonada a orillas de la carretera. Allí entraban las reses, y allí quedaban litros de su sangre, esparcidos sobre un suelo de baldosas gastadas. Era un lugar acorde a su ánimo, lúgubre, tétrico, barnizado del olor dulce de la carne, del aroma cierto de la desesperanza. A veces, al contemplar de cerca los ojos de una vaca confrontando su destino, siente una dolorosa punzada de reconocimiento. Felices hasta tropezar, no con la muerte, como pudiera pensarse, sino con el sentido exacto de su vida.

El frío se cerraba sobre el valle. Los días se acortaban, se consumían en el breve intervalo de ida y vuelta al trabajo, y solo esporádicas visitas al decrepito autoservicio del pueblo rompían, de manera ocasional, su rutina de cena y lectura compulsiva.

Todo comenzó con la tormenta. Llegó de improviso, caprichosa como los elementos. A mediodía el cielo se tiñó de un blanco que dolía en la mirada. Y la nevada descargó contra los tejados, sobre los árboles desnudos y la carretera impracticable. Durante horas, la ventisca impuso su ley y su armonía, ralentizó hasta paralizar el latir pausado del poblado. El matadero se vio forzado a cerrar sus puertas y, con una sonrisa de muros encalados, regaló la tarde a sus obreros.

Como pudo, se abrió camino entre la nieve. A las puertas afloraban ancianas armadas con una pala y gestos de resignación. Las chimeneas vomitaban apacibles humaredas, y el olor a leña y dulces flotaba en el aire limpio del atardecer. Una cierta nostalgia, algo relacionado con una niñez olvidada, le condujo hasta el supermercado. Apuró unas compras breves, caprichos adecuados a la mezquindad de su salario y se dirigió a pagar. La cajera tomó entre sus manos el litro de cerveza, la bolsa de cacahuetses, la diminuta chocolatina y, con una sonrisa preocupada, indagó:

—No pensará pasar esta noche solo, ¿verdad?

Era Nochebuena. Él no lo sabía. Marginado de relaciones sociales, huérfano voluntario de televisión y radio, asimilaba el paso de los días a esa cadencia temporal que, perezosa, nos conduce hasta la muerte. Nada significaban las efemérides, las celebraciones con las que nos barnizamos para no afrontar la rutinaria inutilidad de nuestras vidas. La contempló unos segundos sorprendido, abrumado por la osadía de la mujer, por su sonrisa entre bondadosa y desafiante. Abrió la boca sin saber qué contestar.

La fiesta se desarrolló en el polideportivo, un pabellón de nombre pretencioso donde los niños de la escuela hacían sus recreos. Allí se congregaba cada Navidad la mayor parte de sus desconocidos convecinos. Escoltado por la muchacha, penetró al recinto donde confluían los aromas a repollo y cordero, el humo de los cigarros, el griterío de los niños y el murmullo de los adultos. Todavía debió dejar pasar unas horas ensamblado a la mesa como cualquier pieza de un engranaje armónico y chirriante para reconocer que el pueblo no era aquel valle que sesteaba a la vera de los montes, no era el río que salpicaba contra los pilares rústicos del puente, ni el marco de postal dibujado por los caseríos y la iglesia. El pueblo lo formaban ellas, las

gruesas mujeres que alzaban ciclópeas cazuelas sobre las cabezas de los comensales pregonando a voz en grito sus grasientos contenidos; el pueblo eran los ancianos de mirada satisfecha que, apoyados en sus cayados, se aprehendían de la fiesta en el temor, jamás confeso, de que pudiera ser la última. Y los niños que correteaban entre sus piernas, que golpeaban pelotas y jugaban a pelearse mientras esperaban, la paciencia prendida de un hilo endeble, la llegada de los regalos. Ese era el pueblo elegido. El pueblo ignorado.

Regresó tiritando al frío de su casa, la ropa y el cabello impregnados de aromas a comida, tabaco y serpentinas. Bosquejaba sentimientos contrapuestos mientras, sin quitarse el abrigo, trocaba leña para la estufa. Había alegría, algo de sorpresa, quizá satisfacción. Pero había miedo. Miedo a la gente, miedo a las relaciones. Miedo a la mirada profunda de Mariela, la muchacha que, compadecida de sus tristes compras de soltero, le había arrastrado hasta la fiesta. Arrebujado en el sillón, tocando casi el hierro incandescente, terminó durmiendo su cansancio, preguntando a las tinieblas postreras de su sueño si estaba haciendo lo correcto.

Los días pasaron a caballo entre incertidumbre e indolencia. Las navidades multiplicaron el trabajo. Las jornadas degollando ganado se hacían eternas. Los camiones llegaban desde muy pronto cargados de animales y salían hasta bien entrada la noche repletos de carne palpitante. Agotado, regresaba a sus libros y su fuego con la sola compañía de la linterna. Y si al pasar frente a las persianas cerradas del colmado se le escapaba un vistazo fugaz, lo achacaba a la mera necesidad de unas provisiones que no escaseaban en su nevera.

Tuvo que entrar un día como otro cualquiera. Leche, café o macarrones, no pudo recordar qué necesitaba. Esperando

impaciente que la inevitable anciana encontrara los céntimos acumulados en su monedero, dejó pasar los minutos robando vistazos furtivos al cuello de la muchacha. Por fin, su turno. Una mirada. Una palabra agradecida. Un gesto coqueto, un cierto nerviosismo en la palabra.

—Podemos cenar el sábado.

Un murmullo, la aceptación en sus pupilas, la duda en el pecho.

—A las ocho, si te parece.

Mientras le entrega el cambio. Emerge a la calle, al viento gélido del atardecer, y en su rostro, inesperado, parece tomar forma el olvidado dibujo de una sonrisa.

Pero no acudirá. Teme, sabe incluso, que la cita haría revivir esos fantasmas que tanto le ha costado alejar de su memoria. Sabe que el recuerdo de su esposa, el ansia de su cuerpo y su sonrisa, renacerán en presencia de Mariela. De modo que, refugiado en la vivienda, preparará la cena para uno y dejará que pasen frente a su memoria esos años esquivos que se resisten a desaparecer.

Se sorprende cuando llaman a la puerta. Es tarde. Muy tarde. Aletargado, ve cómo sus recuerdos resbalan hasta el suelo al incorporarse. Tres golpes débiles contra la madera de aquella casa sin timbres, sin señal alguna de bienvenida. Al otro lado se encuentra Mariela, sonriente a pesar del frío que tiñe sus mejillas de blanco y carmesí.

—Te he estado esperando —susurra con un tono a caballo entre la decepción y el deseo.

Todavía duda antes de permitirle entrar, acompañarla hasta el sillón y colgar su abrigo del perchero. Algo semejante al temor le atenaza, bloquea sus sentidos, su capacidad de reacción. Un temor excitante, tamizado de anhelos. En vez de tomar

asiento, ella permanece a su lado, los labios muy cerca de los suyos, el olor de su cuerpo imponiéndose al de la leña que arde a sus espaldas, olor a sudor y sexo que le devuelve a ese pasado que no supo enterrar, porque no hay tiempo, ni distancia, capaz de imponerse a los instintos.

La piel de la mujer es suave, tan apetecible como la carne que palpita por debajo, como las vísceras que esperan ser extirpadas para acompañar al cocido que bulle en la cocina. Un fugaz destello le devuelve al apartamento abandonado en la ciudad, a las ventanas abiertas para diluir el olor a grasa y asado, al contenedor donde se desprendió de la bolsa con los huesos, limpios tras horas hirviendo en la cazuela, al vacío dejado por su esposa y el agradable calor en el estómago.

Mariela cierra los ojos y alza un poco la barbilla, una joven implorando un beso, una res entregada al matarife. Él sonríe en el momento de coger el cuchillo que guarda junto a la chimenea.